

Discernimiento y obediencia en Pedro Fabro

di HERMANN RODRÍGUEZ OSORIO, S.J.

En muchos ambientes cristianos se ha considerado el discernimiento espiritual como algo contrapuesto a la obediencia. Vamos a intentar ampliar esta sospecha.

Por un lado, parecería como si la actitud de permanente atención y examen de los espíritus que nos mueven fuera en detrimento de la obediencia en la vida religiosa. Entre más discierne una persona, menos dispuesta parece a obedecer lo que los superiores le mandan; cuando el religioso hace un discernimiento, tiene ya una voluntad de Dios que está dispuesto a negociar con su superior, que -por lo menos se espera-, también ha hecho su propio discernimiento, y ha descubierto otra voluntad de Dios. Si ambas voluntades de Dios coinciden, normalmente, no hay problema; pero si son contrapuestas, como suele suceder, aparece el conflicto.

Por otro lado también se ha visto el discernimiento como un ejercicio que está más orientado a la vida interior y a los procesos personales de los cristianos; la obediencia, en cambio, sería el instrumento preciso para hacer eficaz la acción de un grupo. Si todos los miembros de una comunidad apostólica están percibiendo las señales de Dios e interpretándolas, muy seguramente se creará un síndrome de 'Babel'. Cada uno entiende un idioma distinto, y por tanto no habría forma de llegar a una construcción coherente.

En otro sentido, pude verse la obediencia como una forma cómoda de evitarse la angustiosa tarea de buscar lo que Dios le pide al cristiano. Vivir en una constante incertidumbre y en una búsqueda permanente no parece ser algo atractivo para muchos hoy. La obediencia, pues, sería una forma nueva de liberación; se habla incluso del 'miedo a la libertad' y por tanto del apego a la esclavitud de una obediencia servil y torpe.

Teniendo como telón de fondo estas sencillas caricaturas sobre las relaciones entre discernimiento y obediencia, vamos a intentar una lectura de esta relación dinámica en los escritos del Beato Pedro Fabro.

Un estudio completo del discernimiento del Beato Pedro Fabro a partir de su «Memorial» y de sus cartas resulta prácticamente imposible porque la riqueza del «Memorial», en lo que toca a la discreción de espíritus, nos parece inagotable; casi todos los números en los que se ha dividido el texto, contienen elementos valiosos que nos reflejan una personalidad atenta permanentemente a los movimientos de su corazón y dispuesta a discernir la acción de Dios en él, separándola de la acción de otros espíritus muy variados que percibía actuando también en su interioridad. Por esta razón, hemos querido acercarnos solamente a una serie de momentos en los que aparece Fabro tratando de discernir lo que el Señor le pide en la misión; estos ejemplos de discernimiento queremos confrontarlos con lo que él entendía y la manera como vivió la obediencia en la Compañía de Jesús, durante los siete años de su ejercicio apostólico.

Nos hemos ayudado de estudios muy valiosos, como la excelente obra de Brian O'Leary¹. Igualmente hay que destacar la obra de Carlos Plaza², en la que se le presta una atención muy grande al lenguaje que utiliza Fabro en el «Memorial» al referirse a su constante ejercicio de 'discreción' de espíritus. Por otra parte, también hemos consultado la detallada introducción de Michel de Certeau³, quien también aborda la temática del discernimiento en el «Memorial».

1. Discernimiento Espiritual en el Memorial

1.1. *Un mundo habitado por espíritus contrarios*

La existencia de un mundo invisible, habitado por espíritus buenos y malos, era algo común para los hombres del siglo XVI. Era una convicción y era parte del ambiente cultural heredado de la Edad Media. Fabro, por supuesto no está exento de esta forma de entender el mundo; algo de ello se refleja también en la espiritualidad ignaciana, pero en el «Memorial» estos espíritus adquieren un papel preponderante.

Sería imposible citar todas las referencias a los distintos espíritus que hace Fabro en el «Memorial»; sirva de ejemplo este número, en el que se refiere fundamentalmente a los malos espíritus:

«El domingo cuarto después de Pentecostés, yendo a misa, me fue dado pedir gracia de que pueda mi alma y mi espíritu defenderse de los malos espíritus de los demonios y aun de los malos espíritus de los hombres. Y aquí advertí que muchas veces hasta ahora me han sobrevenido turbaciones y grandísimas desolaciones con la consideración de los malos espíritus de los hombres; esto es, de la contemplación del mal ánimo de los hombres, que se me ponía delante con varias sospechas, imaginando que los mismos hombres movidos del espíritu malo ponían asechanzas a mi alma y a mi espíritu y con ánimo dañado ponían la mira en mis pobreza espirituales y humanas. Y en verdad sentía gran debilidad para luchar contra estos malos ánimos que imaginaba; de tal suerte que me parecía más leve que todos los hombres empleasen sus fuerzas corporales en perseguir mi cuerpo, que si uno solo por su espíritu malo se empeñase en perseguir las flaquezas de mi alma» (Mem. 328)⁴.

¹ La publicación que hemos consultado y que citamos es apenas una versión abreviada de la tesis doctoral, presentada en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, en 1973, y dirigida por el padre Gervasius Dumeige, S.J. Cfr. BRIAN O'LEARY, S.I., *The discernment of spirits in the Memoriale of Blessed Peter Favre*: Way, Supplement 35 (1979), 6-7.

² CARLOS G. PLAZA, S.I., *Contemplando en todo a Dios. Estudio ascético-psicológico sobre el Memorial del Beato Pedro Fabro, S.I., primer compañero de San Ignacio de Loyola*, Madrid, Estudios Onienses III 2, 1944, 352p.

³ PIERRE FAVRE, *Mémorial*, Traduit et commenté par Michel de Certeau, S.I., Paris, Desclée de Brouwer, 1960, 457p. En adelante la introducción de De Certeau será citada como: DE CERTEAU, seguida de la página correspondiente.

⁴ Las citas del «Memorial» serán tomadas de: PEDRO FABRO, S.I., *Memorial*, Buenos Aires, Ediciones Diego de Torres, 1983, 365p. (Traducido y anotado por J. Amadeo S.J. y M.A. Fiorito S.J.). Las referencias irán en el mismo texto, como Mem. y seguidas por el número correspondiente. Las citas de las cartas

Los espíritus que percibe Fabro, pues, son diversos; el trabajo de Carlos Plaza, que ya hemos citado más arriba, clasifica los distintos espíritus en dos niveles; por un lado estarían los espíritus en un sentido personal, que incluyen el Espíritu de Dios, el del buen ángel⁵, el del mal ángel y el propio⁶.

Por otra parte, este espíritu propio tiene a su vez una triple subdivisión: el espíritu vital, el espíritu animal y el espíritu racional⁷. Esta manera de entender el espíritu propio corresponde a la manera como los escolásticos entendían el alma humana en su triple función: operaciones vitales, sensibles y racionales o intelectuales⁸.

En el número 103 del «Memorial» aparece una definición clara de lo que Fabro entiende por alma y por espíritu:

«Por alma entiendo la parte sensitiva juntamente con la porción inferior de la razón que naturalmente raciocina y discurre acerca de lo que por los sentidos se percibe; mas por espíritu aquella porción superior que se ocupa de las cosas divinas, recibiendo por medio el Espíritu Santo, de los ángeles y asimismo de la fe, que es por la predicación, sus raciocinios, y sus deseos y afectos, etc.».

No es raro, pues, que Fabro viva su experiencia ‘espiritual’ como una constante lucha ente los diversos espíritus que lo habitan y que habitan el mundo en el que vive; saber distinguirlos y dejarse llevar sólo por el Espíritu de Dios, es una cuestión decisiva; igualmente llegar a reconocer al Espíritu Santo, que lucha contra todos los espíritus del mal en medio de su mundo de relaciones, es la clave fundamental de su vida apostólica.

El poder de estos espíritus es muy fuerte; sin embargo, nunca llegan a dominarlo totalmente y el hombre no pierde nunca su libertad interior para hacer las opciones; O’Leary lo explica de la siguiente manera:

«The created spirits cannot act directly on the soul, as God can. One might say that the influence of created spirits works on a man from the outside inwards, and never reaches his core; whereas God’s action can start at the very core of a man’s being and radiate outwards. In so doing, the divine action can subordinate and harmonize the vital and animal spirits, thus bringing unity to our complex being»⁹.

Los espíritus creados no pueden actuar directamente en el alma; es Dios quien va dando coherencia, desde lo más hondo de cada hombre, a su acción y a su vida toda; el mundo interior, pues, y el mundo exterior están influenciados por distintos espíritus y es fundamental llegar a distinguir claramente hacia dónde nos mueven. Entendido este

estarán tomadas de: *Monumenta Fabri*, (MHSI) Matriti, 1914. Las referencias irán en el mismo texto, como MF y seguidas por la página o páginas correspondientes.

⁵ Fabro utiliza indistintamente las expresiones ‘ángeles buenos’ o ‘espíritus buenos’, para hablar de los seres que servían como ministros de la bondad de Dios y que lo acompañaban en todos sus recorridos y lo protegían del mal: Cfr. DE CERTEAU, 53.

⁶ Cfr. PLAZA, *o.c.*, 313.

⁷ *Ibid.*, 314.

⁸ Cfr. O’LEARY, *o.c.*, 76-77.

⁹ *Ibid.*, 79.

elemento básico, es más fácil pasar al siguiente punto, en el que desarrollaremos esta constante necesidad que vive Fabro de discernir los espíritus que lo mueven.

1.2. Necesidad de discernir los espíritus que nos mueven

La diversidad de espíritus que Fabro percibe en su interior y trabajando en toda la realidad, le plantean un gran reto; no se trata sólo de un intento por buscar la santidad personal defendiéndose de las tentaciones individuales;

«There was the much wider aspect of discovering how to insert himself into the cosmic conflicts between the opposing forces of good and evil. What was at stake was the salvation of men's souls, and Favre felt his responsibilities deeply. The good angels were already enlisted under Christ's banner; the devils served their own master. Discernment, therefore, had a marked apostolic dimension, as Favre tied to range himself on the side of the angels, God's ministers, who were protecting, supporting, strengthening and guiding men in their journey through life, in their battles with the evil powers»¹⁰.

Se trata, pues de una necesidad apostólica; si no se está atento a los espíritus que van moviendo al apóstol, o a los espíritus que mueven a las personas con quienes trabajamos, es muy fácil confundir la misión. Añadido a este elemento, Fabro va descubriendo que la mejor manera para reconocer los espíritus que nos mueven, no son sólo los pensamientos que tenemos, sino, y sobre todo, los movimientos afectivos. Esto le quedó muy claro a Fabro después de haber hablado un día con Pedro Canisio, cuando éste estaba haciendo sus Ejercicios Espirituales:

«Otro día, visitando a Maestro Pedro, el de Gueldres, que se estaba ejercitando conforme al modo de nuestros Ejercicios, tuve algunos argumentos de grande evidencia, con los cuales más claramente que nunca entendí cuantísimo importa para discernir los espíritus, o atender a los pensamientos y hablas interiores o al mismo espíritu que por los deseos y afectos, por la fortaleza del ánimo o la debilidad, por la tranquilidad o inquietud, por la alegría o tristeza y semejantes afecciones espirituales se suele manifestar. Porque por estas cosas en verdad que se puede juzgar más fácilmente del alma y de sus huéspedes que por los mismos pensamientos» (Mem. 300).

No es algo que Fabro haya descubierto tarde; se trata sencillamente de una constatación nueva que le dio más claridad sobre este aspecto tan fundamental en la espiritualidad ignaciana; los espíritus que nos mueve, se les conoce, más que por los pensamientos que nos acompañan, por los sentimientos y los afectos.

No basta, pues, conocer la definición de los espíritus en un sentido más racional; el discernimiento se hace más complejo cuando además es fundamental aprender a reconocer los efectos o la manera de proceder de cada uno de estos espíritus en los movimientos del alma.

¹⁰ *Ibid.*, 75.

Dios, pues, actúa en su interioridad y allí debe ser descubierta su voluntad; pero no sólo se trata de una interioridad aislada, sino que es la interioridad de Fabro en relación y reaccionando frente a otros factores externos a él mismo: las circunstancias de su apostolado, las órdenes que recibe, los 'signos de los tiempos'; así lo entiende De Certeau en su introducción al «Memorial»:

«Une seule conception commande les formes diverse de ce discernement: la volonté de Dieu se révèle dans ses interventions; la grâce procure ainsi la lumière et la force de répondre fidèlement aux injonctions divines. Loin d'être une simple promesse encore distincte du don lui-même, la révélation ne fait qu'un avec ce don, comme l'indique le terme qui désigne l'une et l'autre: un «signe»»¹¹.

Una vez reconocida la diversidad de los espíritus que mueven a Fabro y la necesidad vital que siente de discernirlos, vamos a tratar de desentrañar algunas reglas que aparecen en su «Memorial».

1.3. Reglas de Discernimiento en el «Memorial»

Dado el tipo de escrito, no pretendemos presentar una teoría completa, o una serie de reglas como las que propone San Ignacio de Loyola al final de sus Ejercicios Espirituales (EE. 313-336); sin embargo es posible encontrar de vez en cuando, algunas pistas sobre lo que se podrían llamar 'reglas' de discernimiento que anota Fabro a propósito de sus propias reflexiones o de la ayuda que prestaba a otros.

Un primer elemento que hay que tener en cuenta es que no siempre utiliza un lenguaje 'técnico'; en ese sentido no habla sólo de 'consolaciones' y 'desolaciones'; utiliza una variedad inmensa de términos que enriquecen mucho el lenguaje; O'Leary hace un estudio detallado de este vocabulario, dividiendo las palabras que tienen un acento más intelectual, de las que tienen un acento más afectivo, que son las que más interesan a Fabro¹².

¹¹ DE CERTEAU, *o.c.*, 77.

¹² Cfr. O'LEARY, *o.c.*, 84-85. Sobre la consolación:

«a) in intellectual faculty: *cognitio, documentum, intelligentia, mens, aperitur, notitia, responsum, habere, videre, etc.* (knowledge, a lesson, understanding, the mind is opened, communication, to receive a reply, to see, etc.)

b) in the affective faculty: *abundantia, alacris, confortatio, dilatatio, gaudium, gustus, laetitia, pax, quies, teneritudo, unctio, etc.* (plenty, eager, strengthening, expansion, joy, taste, happiness, peace, quiet, tenderness, unction, etc.)»

Sobre la desolación:

«a) in the intellectual faculty: *confusiones, distractio, ignoratio, perplexitas, etc.* (confusion, distraction, ignorance, perplexity, etc.)

b) in the affective faculty: *afflictus, amaritudo, angustia, dolor, durities, fastidium, frigidus, fravamen, inordinationes, moeror, penuria, perturbatio, poenae, tomentum, torpor, tristitia, etc.* (afflictions, bitterness, constiction, sorrow, hardness, distaste, cold, trouble, disorders, grief, want, disturbance, hardships, torment, sluggishness, sadness, etc.)».

La consolación, pues, es algo bueno, normal, deseable; también es cierto que no es algo absolutamente necesario; dentro de la diversidad de formas que adquiere la consolación, vale la pena señalar las lágrimas¹³; un ejemplo de ello podría ser el siguiente:

«En la entrada del reyno de Valencia sentí alguna lachrymosa consolación; aduersitatem autem corporalem hucusque nullam experti sumus. No sé si lo hace en parte el coraçon que se defiende de la Cruz» (MF. 424).

Por su parte, su desolación, es una experiencia totalmente opuesta a la consolación; más que una definición afirmativa, se puede saber qué es, por negación de la primera. Es todo lo que lleva al hombre al pecado y lo aparta de Dios. El número 254 del «Memorial» nos ofrece unas reflexiones que nos parece interesante traer aquí para ayudar a distinguir estos dos estados del alma:

«Quien conociere el espíritu de abundancia y sus palabras, y el que tienta y turba y las suyas, ese podrá de ambas partes sacar enseñanzas. Porque debe tomarse y retenerse, y cuando se hubiere perdido, buscarse el espíritu de abundancia; y se ha de conservar aquella alegría y consuelo y aliento y tranquilidad, y todas las otras disposiciones que acompañan al afecto bueno, y a ellas hay siempre que volver para que más firmemente se arraiguen. Mas no así hay que tomar todas las palabras que se ofrecieren; pues podría mezclarse algunas falsas, porque hasta el mal espíritu puede vestirse con la apariencia de ángel de luz» (Mem. 254).

Aparecen aquí los dos espíritus enfrentados; por un lado el espíritu que llama aquí de 'abundancia' y por otro el que 'tienta y turba'; ambos nos pueden enseñar cosas; sin embargo, el primero se debe buscar y se han de conservar sus efectos, pero no se deben tomar de él todas las palabras; una cosa son los sentimientos que produce y otra cosas los razonamientos que puede suscitar; estos últimos no son fiables porque pueden ser aprovechados por el mal espíritu para vestirse de 'ángel de luz'.

Más adelante, Fabro se refiere a lo que debemos aprovechar o lo que podemos aprender del mal espíritu:

«Con el contrario espíritu y sus palabras de un modo contrario hay que proceder. El espíritu mismo malo cuanto a todos sus sentimientos hay que lanzarlo y huir de él; no así todas sus palabras, porque muchas podrías tomar para guardarte de muchas cosas y por ellas hacerte en los negocios humanos más prudente, pues muchas serán verdaderas y útiles si luego son informadas del otro espíritu» (Mem. 254).

Fabro propone que ante al espíritu del mal se proceda de modo contrario, esto es, que se rechacen todos los sentimientos que produce, pero se aprovechen sus 'palabras'; puede resultar útil escucharlas para aprender su manera de obrar; incluso sus estrategias pueden resultar útiles a la hora de funcionar en el mundo, mientras se las 'informe' con el espíritu del bien.

Avanzando, encontramos más adelante una regla también muy interesante; el planteamiento que se hace Fabro el 28 de abril de 1543 es que algunos, aún haciendo muchos ejercicios y oraciones, parece que no se ven movidos sino por un solo espíritu; hay

¹³ Cfr. *Ibid.*, 89-91.

una relación entre este punto y lo que San Ignacio dice en la anotación sexta de los Ejercicios Espirituales¹⁴; la forma que propone Fabro para resolver esta falta de ‘mociones’ o de ‘agitación de varios espíritus’ es la siguiente:

«Pues bien, para provocar esta distinción es eficacísimo medio la proposición de la elección de vida y estado, y luego en cada estado los varios grados de caminar a la perfección; y en general, cuanto le propusieras cosas más altas, o para obrar, o esperar, o creer, o amar, para aplicarse a ellas afectiva y efectivamente, tanto con mayor facilidad le darás materia en la que se provoque la diferencia del espíritu bueno y del malo» (Mem. 301).

Proponer a la persona la ‘elección de vida y estado’ o la forma de caminar hacia la perfección en el estado elegido, parece ser un método eficaz para suscitar los movimientos de los distintos espíritus en el interior de las personas, de manera que se pueda entonces reconocerlos para acoger los que sean del buen espíritu y rechazar los que sean del malo.

En la misma línea, añade Fabro otra regla:

«Asimismo hay algunos, especialmente gente piadosa y por mucho tiempo ejercitada en devoción y dejada de pecados, en quienes se reconoce el mal espíritu porque no tienen ni pensamientos que excedan los límites de la verdad y bondad, ni afectos manifiestamente desordenados. A éstos, sin embargo, por santos que sean, si los indujeres a examinarse en algún grado de vida y conducta más perfecta, dentro de su estado, si es inmutable, o en otro estado más perfecto, fácilmente se echarán de ver el uno y el otro espíritu, es a saber: el que da fortaleza y el que debilita, el que ilumina y el que ofusca, el que justifica y el que mancha, es decir el bueno y el contrario del bueno» (Mem. 302).

Este criterio, parecido al anterior, es muy útil para tratar con personas piadosas, que eran la mayoría de los que él trataba. Más adelante, a propósito de un momento de desolación ante los males generales que constataba a su alrededor y en él mismo, descubrió otro criterio fundamental que lo consoló muchísimo:

«Y aquí se me dio a ver que no se debe menos huir de las consolaciones que se fundan en acontecimientos puramente accidentales, o también en prosperidades posibles de las cosas espirituales, que de las desolaciones contrarias. Digo cuanto al extremo, que suele muchas veces ser excesivo, y teniendo cuenta con la verdadera estabilidad del corazón que de ambos modos se impide, es decir, por la tristeza vana y por la alegría vana, y algunas veces más por la alegría; si bien más ayude para obrar la alegría (aun aquella a que se añade algo de vanidad espiritual) que la tristeza mezclada con algo de turbación que frustra» (Mem. 304).

Es necesario, pues, estar atentos a las ‘tristezas vanas’, lo mismo que a las ‘alegrías vanas’, que no están exentas de una cierta vanidad espiritual; ambos estados pueden ser aprovechados por el mal espíritu para destruir una labor que se va desarrollando pacientemente. La tristeza y turbación pueden nacer del mal espíritu, pero suelen termi-

¹⁴ «El que da los ejercicios, cuando siente que al que se ejercita no le vienen algunas mociones espirituales en su ánima, así como consolaciones o desolaciones, ni es agitado de varios spiritus, mucho le debe interrogar cerca los ejercicios, si los hace, a sus tiempos destinados, y cómo (...) (EE. 6).

nar en el bueno; por su parte, las alegrías vanas generalmente tienen su origen en el buen espíritu, pero ser aprovechadas por el malo:

«Porque así como el espíritu bueno suele de las tristezas tomar argumentos para atraernos a lo que es sólido y bueno, con que verdaderamente nos consuele, aniquilada la falsa o vana alegría; así también suele el enemigo tomar ocasión de las alegrías para arrastrar a un gozo vano, al que se siga después tristeza» (Mem. 304).

Debemos estar atentos, pues, a las alegrías y a las tristezas y reconocer no sólo lo que producen en nosotros en un momento determinado, sino vigilar hacia dónde nos llevan; esta regla tiene una relación muy estrecha con la que menciona San Ignacio en la quinta regla, ‘más propia para la segunda semana’:

«Debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae acaba en alguna cosa mala o distractiva, o menos buena que la que el ánima antes tenía propuesta hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba a la ánima, quitándola su paz, tranquilidad, y quietud que antes tenía, clara señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna» (EE. 333).

Como una regla más, podemos destacar el hecho, que ya hemos mencionado, de que para Fabro son muchísimo más importantes los datos ‘afectivos’ que las ideas o las razones; para O’Leary aquí está una de las claves propias de Fabro:

«The priority to be given in our experience to the affective element over the intellectual element is one of the corner-stones of Favre’s theory of discernment. The spirits make their presence felt through affective movements over which the person has no control: this is the *basic* experience, and it is essentially passive. Ideas and reflections, whether accompanying of following, are less important, even when there is no guarantee that they have come from the same spirit at all. It is the basic experience alone which is self-authenticating; the intellectual component requires further discernment»¹⁵.

Estando en Valladolid, el 20 de marzo de 1545, Fabro registra otra ‘regla’ de su discernimiento:

«Sucede a veces que pensemos en bienes y favores que conforme a nuestra posibilidad nos tocan o nos pueden sobrevenir; otras veces, al contrario, que pensemos en males que nos pueden amenazar. En la primera disposición, hemos de cuidar de no engreirnos demasiado; y en la segunda, de no abatirnos más de lo que conviene. Sabe nuestro buen espíritu aplicar cada uno de estos tiempos al remedio del otro, esto es; remedia la abundancia con la escasez y ésta con aquélla. Pero el mal espíritu de las dos cosas pretende sacar daño, es a saber, de la abundancia hinchazón y presunción y de la escasez pusilanimidad y decaimiento del buen ánimo» (Mem. 409).

La clave de este criterio estaría en no dejarse abatir demasiado fácil, ni tampoco dejarse llevar por el espíritu de la soberbia; frente a lo bueno o lo malo que nos puede sobrevenir, hay que confiar en que ‘nuestro buen espíritu’ sabrá sacar provecho; pero

¹⁵ O’LEARY, *o.c.*, 112.

también hay que tener cuidado porque es fácil que el espíritu del mal pretenda hacer daño con la excesiva presunción o el decaimiento exagerado.

Una última regla que podríamos deducir de la práctica del discernimiento en Fabro es la constancia que supone y el hecho de que no se trata sólo de un ejercicio para momentos especiales o decisiones trascendentales; Fabro analiza cada acontecimiento de su vida interior y de lo que va viviendo en su práctica apostólica. Esta práctica permanente es lo que va haciendo posible que se conozcan cada vez mejor los espíritus que nos mueven y las estrategias que utilizan; si no se hace del discernimiento una práctica cotidiana y frecuente, nunca se podría llegar a afinar la sensibilidad que exige un discernimiento espiritual.

A discernir se aprende discerniendo, podríamos decir. Esto quedará más claro en algunos de los ejemplos que vamos a presentar en el siguiente apartado.

1.4. Ejemplos de Discernimiento en el «Memorial»

Hemos dicho ya que casi todas las páginas del «Memorial» están en clave de discernimiento y que un estudio completo de esta práctica sería prácticamente imposible; sin embargo, nos parece conveniente presentar algunos ejemplos concretos, sobre todo con el fin de iluminar la investigación que estamos haciendo sobre la relación entre discernimiento y obediencia en Fabro. Es por esto por lo que los ejemplos que hemos escogidos tienen que ver casi todos con las ‘obediencias’ que Fabro recibió a lo largo de los siete años de trabajo en varios países europeos.

El primer ejemplo al que nos vamos a referir, lo registra Fabro el 1 de septiembre de 1542; la situación que describe Fabro es su estado de ánimo después de haber hecho una plática a varias personas; siente un gran deseo de predicar, cosa frecuente en él; sentía la gran responsabilidad de ayudar a que Alemania saliera de la situación de crisis religiosa que estaba viviendo; en este momento anota lo siguiente:

«Sentí también entonces que convenía en adelante atender mejor a obedecer al espíritu que me excita a fervor en las obras de la palabra del Señor, cuales son las pláticas particulares y sermones públicos, etc., no sólo en la Iglesia delante de mucha gente, sino también en otras reuniones de hombres o en las casas, o fuera de ellas, aunque sean pocos los que me puedan oír, y asimismo en las mesas en presencia de los príncipes y magnates» (Mem. 112).

Siente pues una llamada particular a predicar más, tanto en las iglesias, delante de mucha gente, como en reuniones con pocas personas y en presencia de los príncipes y magnates. Los sentimientos le van indicando el camino que debe seguir y cuáles son los ministerios en los que debe insistir; es una moción de ‘obediencia’ al Espíritu que le excita a fervor en las obras de la palabra del Señor. Es importante destacar aquí el hecho de que siente una llamada a predicar no sólo delante de mucha gente, sino aún en ambientes reducidos.

Un tiempo después, estando en Valladolid, el 3 de abril de 1545, aparecen unas mociones suscitadas precisamente por estar haciendo una labor en un ambiente relativamente sencillo; escuchemos al mismo Fabro que nos presenta sus mociones:

«El Viernes Santo, oyendo las confesiones de algunos jóvenes y niños pequeños, que pertenecían a la casa de un señor, mi penitente, me vinieron algunos pensamientos de orgullo, y un espíritu me decía interiormente: ¿acaso viniste aquí para ocuparte de estos niños? ¿No sería mejor estar en un lugar donde pudieses oír (sic) las confesiones de algunas personas serias? Pero, cuando tomé la determinación (se le agrada a Dios) de trabajar toda mi vida en estos ministerios que este espíritu consideraba como particularmente viles y pequeños, me vino una gran firmeza en espíritu de humildad, y descubrí mejor que nunca el valor de aquellas obras que se hacen con una intención recta por los más pequeños, por los despreciados y los abyectos según el mundo» (Mem. 421).

Lo que le preocupa aquí no es el tipo de trabajo, ni la cantidad de gente que recibe su acción; le inquieta la ‘calidad’ de estas personas a quienes está confesando; ante esto tiene ‘pensamientos’ de orgullo y ‘siente’ un espíritu que lo cuestiona. Ante este espíritu y estos pensamientos, aparece una gran firmeza en espíritu de humildad, que le ayuda a descubrir el valor de las obras que se hacen por los pequeños y desgraciados de este mundo. En el número siguiente desarrolla de una manera admirable esta opción de Dios por los pequeños y lo débiles:

«Por eso deseé por mi parte y tuve por cosa muy preciosa poder solamente instruir a los rudos, a los niños, a los pobres y principalmente a los más abandonados. Porque aunque nos parezca que alcanzamos mayor fruto cultivando las personas grandes del siglo, sin embargo suele Dios conceder mayor fruto a los trabajos que se hacen con los pequeños, puesto que El dice: *lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*. Y es cierto que El aprecia más lo que se hace por alguno que está completamente abandonado, que si emplease el mismo trabajo en provecho del Emperador. Así que, hermano carísimo, como el pobre está confiado al cuidado de Dios, haz cuenta que está dejado a tu cuidado para que le ayudes, no habiendo otro que lo haga» (Mem. 423).

El discernimiento que hace Fabro frente a estas mociones que siente ante su trabajo sencillo y escondido, incluye, en este caso una referencia al Evangelio (Mateo 25, 40), que se convierte en el criterio fundamental para juzgar los pensamientos y los ‘espíritus’ que lo mueven.

El otro ejemplo que queremos presentar se refiere a la decisión de cumplir la orden que recibe del Arzobispo de Maguncia que lo había mandado a ir al Concilio de Trento; esta anotación la hace estando en Maguncia:

«Un Domingo del mes de Octubre, que fué (sic) el 22 del mismo mes de este año 1542, y en el día precedente, que había sido de Santa Ursula y sus compañeras, hallé en la presencia del Señor este consejo, y me determiné a cumplirlo; que fue, obedecer a la voluntad del Arzobispo de Maguncia, que me había significado querer que en nombre suyo fuese con otros teólogos suyos al Concilio, que en Trento se había de celebrar, empezando el 1 de Noviembre. Sobre este negocio yo había tenido varios espíritus y varias tristezas antes de que me resolviese; pero de todas me liberó el señor por virtud de la santa y ciega obediencia a la que no toca mirar ni a la propia insuficiencia, ni a la grandeza y peso de los negocios que se mandan. (...)» (Mem. 145).

Llama la atención, primero que todo, que Fabro halla en la presencia de Dios el consejo de ‘obedecer’ la orden que había recibido. Cuenta luego cómo había tenido

‘varios espíritus y varias tristezas’ antes de resolverse frente a este negocio; Fabro siente que más allá de cualquier variedad de espíritus que puedan moverlo ante esta misión que se le encomienda, está la ‘santa y ciega obediencia’, que le garantiza, de alguna manera la bondad de esta decisión.

Aparentemente el discernimiento que venía haciendo Fabro partía de un planteamiento equivocado; no se trataba de una decisión que debía discernir; los varios espíritus y las tristezas que sintió en esos días provenían del mal espíritu; lo que le indicaba el ‘buen espíritu’ era sencillamente obedecer, sin fijarse en ‘la propia insuficiencia, ni en la grandeza y peso de los negocios que se mandan’.

El 14 de febrero de 1543, estando todavía en Maguncia, se refiere Fabro a otro momento en el que le es dado distinguir los distintos espíritus que lo mueven; una parte de este mismo número ya fue analizada a propósito de las reglas; dice Fabro:

«Este día después de la misa, habiendo considerado la diversidad de espíritus que muchas veces me han agitado y me hicieron cambiar de opinión cuanto a la posibilidad de hacer fruto en Alemania, advertí que no hay que hacer caso en manera alguna a las palabras de aquel espíritu que todo lo hace imposible y siempre trae inconvenientes, sino más bien a las palabras y sentimientos de aquel que muestra posibilidad y da ánimo; aunque también hemos de tener cuidado de no correr demasiado a la derecha. En una palabra, hay que tener discreción, para mantenernos en medio entre la derecha y la izquierda, de suerte que ni en nuestra buena esperanza se mezcle en exceso vano, ni en nuestro miedo una aflictiva cortedad. Pero si no nos es posible no inclinarlos más a esta parte que a la otra, más seguro es y menos peligroso caminar y esperar como en los tiempos de grande ánimo, que no dejarnos encerrar en el cerco de la tristeza, donde suele haber errores mil, y mil engaños, y mil laberintos de una amargura que brota hacia afuera» (Mem. 254).

Aparecen aquí una diversidad de espíritus que le hacen dudar sobre la posibilidad de hacer fruto en Alemania. La tarea era demasiado grande y pesada para llevar; sin embargo había otros momentos en los que se sentía optimista en su labor; sentía espíritus que le ofrecían posibilidades y le daban ánimos; no se trata sólo de dejarse llevar por unos y rechazar los otros; Fabro descubre que de lo que se trata es de no ir a los extremos, aunque de no ser posible este término medio, es mejor inclinarse más hacia el espíritu de ‘grande ánimo’ que impide que nos encerremos en el ‘cerco de la tristeza’, en el que es mucho más fácil equivocarse.

Sin embargo este descubrimiento no resuelve esta variabilidad de los espíritus que lo mueven; de nuevo, cuatro meses más tarde dirá:

«Aquí, asimismo, noté y ponderé el tormento que tan de continuo siento desde que conocí a Alemania, por las apostasías de esta nación. Plega a Dios impedir que no suceda en realidad lo que tantas veces en mi espíritu se me ha representado, no en verdad con buen espíritu, sino más bien por espíritu de desconfianza, que de tantos modos hasta ahora me ha vejado, tirando principalmente a que desesperase enteramente de hacer fruto y echase a huir primero en mi ánimo, y después desease salir de esta región del Rin que me ha sido encomendada».

«Ojalá que la tibieza de los hombres malos, verdaderos o imaginados, la frialdad, malicia, y deficiencias dejen de invadir mi alma y espíritu, que por otra parte son en sí mismos bastan-

te pobres, tibios, fríos y deficientes. Ojalá cese ya esta mutabilidad mía, que tantas veces ha hecho que ahora me parezca todo excesivamente próspero o que va a prosperar, y luego al contrario todo perdido o que se va a perder». (Mem. 329).

Aparece en su horizonte la tentación de huir; tentación, porque reconoce que no es del buen espíritu, sino por 'espíritu de desconfianza'; siente que la tibieza de los hombres malos invaden su alma y su espíritu, ya bastante débiles. Pide que cese esa mutabilidad de su propio ánimo. Este momento es muy importante, porque coincide, más o menos, como veremos más adelante, con la orden de ir a Portugal y las dificultades que tiene para cumplir esta orden. No es extraño que le costara tanto dejar Alemania, cuando veía que dejarla era ceder ante la tentación del desánimo que lo atormentaba tanto.

A modo de resumen, volvamos a los comienzos del «Memorial», donde Fabro hace un reconocimiento del don recibido de Dios para saber distinguir los diferentes espíritus que lo movían:

«(...) Podría decir que nunca me vino angustia ni ansiedad, escrúpulo, duda, temor ni otro mal espíritu, que yo pudiese sentir notablemente, sin que juntamente, o a lo menos después de algunos días, yo no hallase el verdadero remedio en Dios nuestro Señor, dando El gracia para pedir y buscar y clamar por ella. En esto se encierra innumerables gracias de conocimientos y sentimientos de varios espíritus, que yo conocía mejor de día en día. Pues Dios nuestro Señor me daba tales agujijones que ya no me dejaron ser tibio. En otras palabras -como dije- nunca permitió el Señor que me engañara en el juzgar y discernir los malos espíritus y en el sentir las cosas propias o las divinas o las del prójimo, sino que siempre y en el momento oportuno me libraba con las inspiraciones de los santos ángeles y del Espíritu Santo» (Mem. 12).

Aunque habría muchos otros casos que podríamos presentar aquí para ilustrar la capacidad de discernimiento de Fabro, vamos a dejar estos ejemplos para pasar a revisar la manera como entendía y vivía la obediencia y su relación con este discernimiento.

2. Teoría y Práctica de la Obediencia

2.1. *¿Cómo entendió Fabro la Obediencia?*

Para responder a esta pregunta, contamos con algunos rasgos teóricos que Fabro dejó registrados en su «Memorial», o en algunas de sus cartas y, sobre todo, contamos con unos avisos que escribió muy probablemente para los jesuitas de Coimbra en 1544.

En primer término, en el «Memorial» nos encontramos con varias referencias a la obediencia, a los pocos días de haber comenzado a escribir su diario, el 2 de julio de 1543, día de la Visitación de Nuestra Señora. Pide Fabro en su oración, a propósito de la actitud de María ante su prima Isabel, que todos los que están en obediencia

«se ejercitasen hasta alcanzar perfecta humildad y paciencia y caridad para soportar y honrar sus mayores buenos y malos, teniendo el ojo y el afecto solamente a lo bueno y no mirando lo que es malo; y cuanto más el inferior se hiciese perfecto en el suyo, que es ser siervo

diligente, obediente y fiel por temor y amor de Dios nuestro Señor. Así merecerían los que de tal manera se irían haciendo servidores gratos a Dios, tener finalmente buenos Señores; y no después que también ellos son salidos de su estado de servidores; pues ni el mal superior merece que el Señor le dé mejores súbditos, ni el súbdito rebelde merece buenos superiores» (Mem. 39).

El que está bajo obediencia le corresponde tener humildad, paciencia y caridad para 'soportar' a sus superiores, sean estos buenos o malos; puesto que, para él, en la medida en que el súbdito se mantenga en esta actitud, se irá haciendo merecedor de un buen superior; habría como una correspondencia mutua entre el superior y el súbdito, que puede ser animada desde cualquiera de los extremos de la balanza; sin embargo, insiste Fabro más adelante, en el valor que tiene el buen súbdito para 'merecer' un buen superior:

De aquí se ha de esperar que cuando los súbditos, o a lo menos los mejores, hubieren alcanzado tal humildad, paciencia y caridad que les baste para homrar (sic), servir, acatar, tolerar cualquier superior suyo, por malo que sea, sin perder la buena voluntad, sino antes creciendo siempre en ella con determinación de perseverar así hasta la muerte, entonces se podrá tener más esperanza que Nuestro Señor se haya de mover a dar otros mejores y no por el contrario; es a saber, por ver los malos ir adelante de mal en peor acerca de tal obediencia» (Mem. 41).

La buena obediencia, pues, es anterior al buen superior; de manera que no se trata de una obediencia condicionada o dependiente del tipo de superior que se tenga, sino que es una obediencia que tiene un fundamento más allá; lo menciona de pasada en el número 39, ya citado: «por temor y amor de Dios nuestro Señor».

En el número 40, Fabro encomienda su obediencia a la Trinidad: Pide al Padre que lo haga un hijo obediente; pide al Hijo que lo haga su siervo; y pide al Espíritu Santo que sea su maestro y que le enseñe a ser su discípulo. Unos días más tarde, al recordar el aniversario de su profesión en la Compañía, encomienda Fabro el cuidado de sus tres votos a la Trinidad: A Dios Padre encomienda su castidad; al Hijo, que se hizo obediente hasta la muerte (Cfr. Filipenses 2,8) encomendaba el cuidado de su obediencia; y al Espíritu Santo, encomendaba su voto de pobreza (Cfr. Mem. 45).

Un año y medio más tarde, a propósito de la octava de la Epifanía, Fabro, ya en Coimbra, se refiere a la obediencia de Jesús a su Madre que duró hasta los treinta años (Cfr. Mem. 381), y la compara con el amor con el que tiene sujeto la esposa a su esposo: «que le hace no poder estar ausente de su presencia mucho tiempo» (Ibíd.).

Y más adelante se refiere al hecho de que Jesús, al salir de la sujeción de sus padres, no busca una obediencia más honrosa, sino que se hace obediente a un siervo suyo:

«Jesús, saliendo de la sujeción de sus padres para ser bautizado por Juan, enseña que es menester que los que dejan un género de oficio, no lo hagan movidos del deseo de buscar la libertad de la carne, como suelen los que mudan una obediencia más estrecha por otra más laxa, sino más bien de subir a cosas más duras. Pues Cristo dejó la servidumbre de sus padres para pasar en cierto modo a la escuela de Juan, siervo suyo. No busca señores más honrados que sus padres, ni verse libre de toda servidumbre el que desea ser siervo de todos» (Mem. 382).

Este comentario lleva una enseñanza para aquellos que buscan cambiar de ‘superior’, o sencillamente cambiar de ‘estado’ de vida, buscando una libertad mayor.

Pasando a las cartas que Fabro envía a su amigo y superior, Ignacio de Loyola, nos encontramos con este párrafo escrito en Espira, el 27 de abril de 1542:

«Esta semana próxime passada escriuí quasi lo mismo que en esta presente carta allaréis, aunque yo entonces no expliqué tanto el gran deseo que es necessario que yo tenga de vuestras cartas, y la causa [es] por entender qué es lo que yo deuo hazer; que bien sabéis la diferencia que ay entre seer mouido per sy mesmo, y ser mouido por vía de la sancta obediencia, la qual, en vna palabrita, es consumado consejo, uerdadera prudencia, entera discreción, fortaleza y charidad pera quien con perfecta humildad, paciencia, alegría, la recibe» (MF. 162-163).

Este texto nos revela esa necesidad que tenía Fabro de recibir la misión lo más inmediatamente posible; necesita de las cartas, no sólo por el afecto que le traen, sino también como confirmaciones sobre lo que tiene que hacer; y la razón que da nos amplía lo que era para él la verdadera obediencia: ‘consumado consejo, verdadera prudencia, entera discreción, fortaleza, caridad’. La obediencia, pues, no la entiende como un impedimento, sino como una parte fundamental de su misión.

Antes de pasar a analizar algunos ejemplos concretos de la manera como vivió Fabro la obediencia, vamos a detenernos un momento en los avisos sobre le obediencia que escribe Fabro muy seguramente en 1544; la frase con la que comienza el texto nos pone inmediatamente en contexto:

«La obediencia ha de ser ciega, es á saber que el uerdadero obediente no a de sperar la caridad ni la razón ni el sentimiento del fruto que ay en la obra que le es mandada» (MF. 284-285).

Ciega aquí no significa sencillamente que se debe cumplir sin mirar lo que se hace o sin preguntar o sin protestar; ciega, como bien lo explica Fabro en seguida, es no esperar una compensación ni afectiva, ni racional, en lo que toca al fruto que se hace en la obra que se manda; no esperar una ‘satisfacción’ personal por lo que se hace.

Esta ‘ceguera’ puede desaparecer en un momento determinado, es decir, la persona puede llegar a contemplar tanto afectiva, como racionalmente el fruto que hace con su acción; sin embargo, Fabro recomienda que aunque esto pase, no se deje de mantener el espíritu por el que se obedeció primero, de manera que si descubre los beneficios de su obrar, prescinda de ellos y se mantenga en la ‘obediencia ciega’; esto permite que si la misión es ‘revocada’, no estará la persona apegada a su misión; dice más adelante:

«(...) de suerte que será menester para quien está en obediencia, nunca asentarse para resposar en ninguna parte, ni en obras particulares subjectas á la obediencia, aunque para ello se hallase muy santo y claro espíritu; digo resposar de tal manera, que se quitase la promptitud de quanto inporta la obediencia» (MF. 285).

La obediencia ciega debe llevar, pues, a una actitud como la que describe aquí Fabro; una actitud de desarraigo total, que capacite al súbdito a mantenerse siempre disponible para asumir una nueva misión, si esto fuera necesario; no quiere decir esto que

no se halle alegría y gozo en una obra; lo importante es que aunque, de hecho, se halle 'muy santo y claro espíritu', no se llegue, por ello, a perder la disponibilidad necesaria para una nueva misión.

Continuando con su exposición Fabro distingue entre el voto de obediencia y el hacer fruto en la labor apostólica; en el caso de que el súbdito quiera hacer algo que con toda certeza traerá mucho fruto y la obediencia le mande una cosa contraria en la que no se ve también claramente ningún fruto, Fabro afirma:

«Item puesto que acaesiese que la uoluntad del obediente, informada de charidad, quisiese hazer alguna cosa, conforme [á] algún gran zelo de mucho fruto que se uiese claramente, y la obediencia mandase otra cosa, en la qual no se uiese fruto ninguno, allí será bueno pensar de cómo no se ha hecho uoto de hazer el tal fruto de charidad, sino de obediencia, y considerar que el hombre no haze uoto de saluar ánimas conforme á su pareser, sin aun conforme al deseo que nuestro Señor le diese, sino de hazer lo que le fuere mandado por sus maiores» (MF. 285).

Aparece, pues, una concepción de la obediencia que no permite ninguna discusión o debate sobre las órdenes que se reciben; no se trata ni siquiera del hecho, evidente, de la diversidad de 'percepciones': lo que para mi es de más fruto, no es, en realidad, lo que es de más fruto; el superior tiene una visión más amplia y puede juzgar mejor sobre las necesidades del conjunto; este no es el caso; aquí es claro que hay mayor fruto en una obra que en otra; sin embargo, para Fabro una cosa es el hacer fruto, y otra cosa es obedecer; el voto se refiere a lo segundo, aunque es evidente que se puede esperar que el voto ayude en este hacer fruto, aunque sea en la forma misteriosa como la misma cruz de Cristo, asumida por obediencia, es 'causa de salvación' para todo el mundo (Cfr. Hebreos 5,9).

Avanzando en su exposición Fabro cita más adelante las palabras de Jesús en el Evangelio: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mateo 16,24). Allí está la razón última de la obediencia; se trata de una negación total de sí mismo para responder a la llamada de Jesús; la obediencia, pues, está referida al seguimiento del Señor, y no tanto a un eficacia determinada; el premio sólo viene del Señor Jesús y no de las obras que se realizan:

«estando aparejados para sufrir todo lo que de la mano de nuestro Señor uiniere, siguiendo así mismo con la cruz de los tales trabajos á Jesu Christo, de cuia mano speramos el premio dellos» (MF. 286).

Terminamos así el estudio sobre la manera como Fabro entendió la obediencia; vamos a estudiar más detenidamente algunos casos en los que lo vemos viviéndola en carne propia.

2.2. Algunos ejemplos de cómo vivió Fabro la Obediencia

El primer caso que vamos a tratar de analizar se refiere a la orden que recibe Fabro en enero de 1542, estando en España con el doctor Ortíz, de volver a Alemania (Cfr. Mem. 32), caso al que nos referimos más arriba. Fabro obedece inmediatamente, aun-

que la reacción del doctor Ortíz es contraria a esta obediencia (Cfr. MF. 442). Después de llegar a Alemania, el 27 de abril de 1542, escribe Fabro a Ignacio diciéndole:

«Vnde etiam yo, siendo quien soy in rebus agibilibus y quien fuy siempre, creo verdaderamente que se me escriuieran, los que me mandaron venir á Alemania, que pera tal día so fuerça de obediencia me debiese hallar en Espira, ó donde estaría monsiór de Módena, yo lo pudiera y supiera (que el querer no ha faltado) hazer ad literam; mas diziéndome que yo hiziese lo que yo podía pera uenir, me dexaron tan baxo en mis fuerças y en la fee, que otra cosa no he sabido poder, ni podido saber, sino lo que yo he hecho, scilicet, llegar tan tarde, y después que ya estaua partido monsiór de Módena de Spira, que fué el sábado después del día de pascua de resurrección, que fueron nueuas pera my, más de pasión que no de resurrección. Todavía la carta escrita de la mano de Mtro. Bobadilla algo me remedió, diziéndome lo que ueréis en la copia della. Verdad es que me dexa mucha libertad» (MF. 163).

El querer no le ha faltado; sin embargo, parece que la orden no era terminante; le dicen que haga lo que pueda para llegar a Espira y esto lo dejó bajo de fuerzas y de fe; hizo lo que pudo y supo y no llegó a tiempo; parece como si Fabro tuviera que justificar ante Ignacio su tardanza; para él mismo fue un momento muy malo, pues al enterarse que el obispo de Módena ya había partido de Espira, dice que fueron para él nuevas de pasión.

Contrasta con esto el alivio que sintió con la carta de Bobadilla, en la que siente que se le deja mayor libertad. No conocemos esta carta, pero lo que sí podemos concluir de esta cita, es que Fabro, igual que era muy escrupuloso en su vida interior y en el cuidado que tenía con los distintos espíritus que lo movían de un lado para otro, también era muy escrupuloso en lo que toca a la obediencia. Necesita órdenes claras y concretas. Ya vimos más arriba una carta en la que pide que le den instrucciones claras sobre lo que debe hacer en Espira (Cfr. MF. 162-163); de lo contrario va a aparecer como si hubiera desobedecido y esto no lo puede soportar Fabro de sí mismo.

El segundo ejemplo que queremos revisar ahora es el que se refiere a la orden de dejar Alemania e ir a Portugal; como decíamos más arriba, es una orden que recibe alrededor del mes de julio de 1543:

«Por este tiempo recibí precepto de obediencia en virtud del cual me fue preciso ir de Colonia a Portugal. Preparéme (sic) a la partida en el mes de Septiembre. Llegué a Amberes y como no pudiese navegar volví a Lovaina y caí enfermo de tercianas que me detuvieron cerca de dos meses» (Cfr. Mem. 363).

Preparó su viaje en el mes de septiembre; lo cual quiere decir que recibió la orden un poco antes; después viajó hasta Amberes y no encontró forma de navegar hasta Portugal, de modo que se volvió a Lovaina, donde cayó enfermo durante cerca de dos meses. Después viene un tiempo vacío en su diario espiritual y lo que sabemos, lo podemos deducir de los pocos rasgos que registró en el año y medio siguiente, o en las cartas que se conservan.

En diciembre escribe a Ignacio desde Lovaina explicando la razón de su tardanza; dice que escribió desde Amberes una carta el 13 de octubre en la que contaba cómo a los siete días de haber recibido la obediencia, había dejado Colonia (MF 227); además

añade un elemento, ya mencionado: el Nuncio en Renania, monseñor Poggio, ha intercedido ante el Papa para que Fabro no deje Alemania (MF. 228).

El 8 de enero de 1544, escribe Fabro a Simón Rodrigues explicando su tardanza; llama la atención que envía su carta con un grupo de jóvenes que van a comenzar sus estudios en la Compañía en Portugal; al parecer ellos sí podían viajar...

«Los hermanos que la presente lleuan podían uia uoce excusar muchas palabras mías, assí en dar la cuenta por allá, que yo deuo, sobre mi tanta tardança, como en lo demás. Hasta aquí nuestro Señor immediate ha prohibido nuestra nauegación, parte por uía de mi indisposición y de mossén Juan, parte por uía del tiempo contrario, pareciendo ser que nuestro Señor más uiento haze para uenir de Hespaña para Alemaña, que no de Alemaña para Hespaña; que es señal que nuestro Señor quiere antes fauorescer á Germania por intrumentos formados en Hespaña, que no al contrario. Yo todauía estoi muy desseoso de cumplir presto la uoluntad del serenísimo rey de Portugal, nuestro, en Jesv, señor. Digo desseoso de mi parte y conforme á la primera obediencia, aunque su diuina magestad sabe cuánto me llega al ánima la grandíssima necesidad de por acá; y desto naçe en my un çierto sentimiento que me pareçe no ser possible que yo crea que tengo de partirme destas partes, hasta que allá actualmente me uea. Y desto no más» (MF. 330-331).

Esta carta explica las razones de su tardanza; además explica cómo para él todos los inconvenientes que ha tenido para viajar a Portugal son señales de que Dios quiere más favorecer a Alemania con instrumentos formados en España y no al contrario. Sigue deseoso de cumplir 'presto' la primera orden que recibió, aunque es consciente de lo mucho que le cuesta, dada la 'grandissima necesidad' que ve en Alemania; tanto así que confiesa que no le deja creer que tenga que partir de allí.

Todavía el 10 de mazo de 1544, desde Colonia, escribe a Ignacio y le confía sus inquietudes:

«Nuestro Señor lo ordene todo para más seruicio suyo, que yo, aunque ninguna cosa más deseo en esta vida, que poner alguna raíz para nuestra Compañía en Alemaña, todavía estoy suspenso, no sabiendo, si mañana rescuiuré cartas vuestras, que me mandarán yr á España, ó no, y aviéndome de yr, estoy perplexo sobre el dexar algunos acá, ó no. El zelo, que tengo sobre esta nación, y el amor que nuestro Señor me da para ella, no permite que á todos aya de llevar. Por otra parte viendo el peligro, que ay, de que no aprouechar tanto ellos acá en letras ni espíritu como en Portugal, así batalla en mí la humana consideratió, según la qual ninguno avría de estar por estas partes, sino por obediencia, y la diuina consideratió fundada en esperanza, según la qual querría que la mitad de la Compañía estubiese por acá, dando voces, rezando y llorando, y muriendo cada día por esta gente de acá, etc.» (MF. 256-257).

No sabe todavía si en cualquier momento va a recibir cartas en las que le digan que permanezca en Alemania; y por otro lado expresa el inmenso deseo de que la Compañía eche raíces en esas tierras; es evidente aquí el amor que tenía por este país que tanto le ha hecho sufrir, pero del que espera tanto. Siente en su interior una batalla de ver que tiene que partir, y por otro lado el deseo que tiene de que incluso la 'mitad de la Compañía' estuviese en Alemania, 'dando voces, rezando y llorando, y muriendo cada día por esta gente de acá'.

Dejar Alemania, como veíamos al analizar su discernimiento, sería para él huir de una responsabilidad que Dios le ha querido dar; por otra parte no sabe si dejar algunos de los que se han ido uniendo a la Compañía o llevarlos con él; todavía no parece que tuvieran suficiente raíz y le da miedo dejarlos en un momento tan trascendental; Polanco resume una carta de Fabro del 10 de mayo, todavía desde Colonia:

«Dize, que no sabe, si llebará consigo á Lamberto, mosén Alvaro, Pedro Canisio, porque, aunque en otras vniuersidades podrían mejor aprobecharse, nyo (dize) no puedo no obedezzer á vnos sentimientos, con los quales y por los quales me parece siempre, y á vezes siento en nuestro Señor, de que con su presentia destes mejor se conseruará alguna cosa aquí; y que nuestro Señor dispondrá mejor alguna manera, por donde la Compañía tome raíz en Alemania»» (MF. 259).

No puede no obedecer los sentimientos que tiene ‘en el Señor’, aunque ve que la orden de partir se mantiene. Una situación delicada y difícil para un espíritu escrupuloso y tan seriamente arraigado en la obediencia que hemos presentado en el apartado anterior. El dilema al que se enfrenta es precisamente entre obedecer y correr el riesgo de perder un gran fruto, que es evidente para él.

El mismo día, 10 de mayo, escribe otra carta a Ignacio, en la que dice claramente que acabándose la dieta en la que está participando, «me pienso partir mi camino derecho a Portugal» (MF. 261). Por lo que dice en el «Memorial», salió de Colonia el doce de julio de 1544, después de recibir una nueva orden en la que se le mandaba de nuevo ir a Portugal, de acuerdo a la voluntad del Rey; llegó a Lisboa el 24 de agosto de ese año (Mem. 368).

No conocemos las reacciones de Ignacio frente a esta tardanza de Fabro; sin embargo, por lo que el mismo Fabro dice el 14 de abril de 1545, en una carta que envía a Roma, parece ser que Ignacio hubiera dejado de escribirle, por lo menos directamente, durante largo tiempo:

«Muy Rdo. en Jesux.º Padre. La gracia y paz de nuestro redemptor sea sienpre en nuestro favor y ayuda. Mucho desseo tenemos de auer cartas de V.R., porque á mí me parece ya cosa estraña no hauer visto de V.R. palabra ninguna para mí, desde Julio passado, seyendo assí que cada día haría menester algunos auisos y documentos, allende de saber en todo la voluntad y parezcer de V.R., y máxime estando en estas partes de España, de donde han salido todos los vientos de quantas contraditiones ha passado la Compañía hasta agora» (MF. 323).

Aparece aquí, por un lado la necesidad que tenía Fabro de una dirección más inmediata y de estar al tanto de lo que Ignacio quería de su trabajo en Portugal y España, como también una queja sentida por no haber visto, en algo más de nueve meses, ‘palabra ninguna para mí’ de Vuestra Reverencia.

Otro elemento que debió resentir Fabro en la comunicación con Ignacio es una carta que escribe Jacobo Guid (MF. 333-334), por encargo del mismo Ignacio. Al parecer Fabro debía hacer una serie de diligencias ante el Príncipe Felipe, para urgir la reforma de los monasterios de monjas de Barcelona; Ignacio tenía mucho interés en que el Príncipe escribiera a Roma, como cosa suya, pidiendo que se agilizara esta reforma. Así las cosas, Jacobo Guid le dice a Fabro el 21 de noviembre de 1545:

«Pero seyendo la cosa tan fácil com' por vuestras le esriuistes, y que todo fácilmente se hauría; y desde entonces acá non hauiendo recibido auiso sobre dicho negotio, con ser la cosa tanto importante y necessaria, hablando el más lícitamente possívelle, non puede dexar S.R. de expantarse de tanta negligencia (aunque difícilmente se lo persuade, y non le paresca su costumbre de caer en obliuion de semejantes negotios en quien su divina magestad mucho puede seer servido)»¹⁶.

La expresión es muy fuerte y debió sonar aún más dura cuando le llega por intermedio de un secretario, que escribe en nombre del Padre Ignacio: 'no puede dexar S.R. de expantarse de tanta negligencia'; más adelante habla de que una tal demora debe considerarse como una falta grave; presento el final de la carta que es patética:

«Y por tanto, por ser la cosa non menos ía que fruttuosa á muchas almas, y de quien tanto puede ser más perfectamente seruido y amado synceramente nuestro Señor, y aquellas almas necessitadas aconsoladas, cuánto más el mundo y el enemigo confundido á major gloria y alabança suya, por cujo seruicio y amor qualquiera mínima negligencia y perditiön de tiempo, que en el mesmo non se gasta, según la grande deuda y óbligo y scopo particular de nuestra profesión se debería tener por grande falta y inconueniente; por esta os rogamos de su parte muy intensamente y encarecidamente que, en recibiendo ésta, compensando el dispendio del tiempo con muy compendiosa celeridad, nos déys auiso de todo; y que, poniendo toda diligencia en el Señor nuestro, procuréis de hauer la[s] dichas cartas del príncipe, haziendo que particularmente escriua á estas personas sennalladas en la hijuela; y que con la más breuidad [que] sea possible, tengamos respuesta con lo demás.

Y porque poco tiempo haurá os escribimos y dellas non tenemos respuesta, en esta no nos allargaremos hasta que tengamos respuesta desta.

De Roma a los 21 de Nouembre 1545

Par commissiön de Mtro. Ignatio.

Sieruo en el Señor nuestro,

Jacobo Guid

Post scriptum. Y auiso á S.R., si presto non le prouede por esto camino, Mtro. Ignatio ha determinado, según su intenso deseo, de proueer por otra parte para el príncipe»¹⁷.

Como se ve, es una situación muy tensa, que debió angustiar muchísimo a Fabro. Poco tiempo después, el 6 de marzo de 1546, Fabro consigue la ansiada carta del Príncipe¹⁸; la carta va dirigida a Juan de Vega, su Embajador en Roma; Fabro escribe a Ignacio presentándole una copia de esta carta, y pidiéndole que no de muestras de conocerla:

¹⁶ Monumenta Ignatiana (MHSI), Ser. 1ª, t.I, Matriti, 1903, 333.

¹⁷ *Ibid.*, 333-334.

¹⁸ Epistolae Mixtae (MHSI), t.I (1537-1548), Matriti, 1898, 260-261:

+

El príncipe.

Deuoto y amado nuestro. A Juan de Vega, del Consejo de Su Magestad y su Embaxador, scriuimos particularmente lo que desseamos la reformacion de los monesterios de monjas del principado de cataluña, y las causas porque se ha dexado de effectuar hasta agora, y lo que parece que se deue supplicar de nueuo á Su Sanctidad de nuestra parte. Y porque yo querría mucho que allá se mirasse algun buen medio para ello, porque se pusiesse en efecto, por el gran bien que dello se seguiria, y por el seruicio que á Dios nuestro Señor se haria, os encargo mucho, que

«Este envoltorio que aquí va de parte del Príncipe para el Sr. Juan de Vega, Embajador de su Majestad, es de las cartas que V.R. tanto tiempo ha me ha mandado procurarse para la reformatión de los monasterios. A todos se escribe en creencia del Sr. Embajador, el cual dará las cartas á cada uno, y también la que va para V.R. La coppia de la carta del Sr. Juan de Vega aquí va, para que V.R. vea todo lo que se le escribe; pero el Secretario me ha rogado que escribiese á V.R. que no sepa el Sr. Juan de Vega que su carta va copiada á manos de V.R. ni de otros»¹⁹.

La diligencia fue suficientemente cumplida y, aunque con alguna tardanza, hay que admirar la capacidad de Fabro para asimilar un golpe tan duro como debió ser la carta que mencionábamos antes; el mismo 6 de mayo, escribió Fabro otra carta en la que pide a Ignacio que lo tenga presente en sus oraciones y así los demás lo tendrán también presente; por otro lado insiste en su deseo de que Alemania sea bien atendida:

«Yo no puedo dexar de encomendar á V.R. á Alemaña, en especial á Colonia, de donde nunca querría que se partiessen algunos de la Compañía, sino antes que se dicesse orden de cómo se pudiessen ynbir otros para hazer fruto y para padezcer algo por Dios nuestro Señor» (MF. 397).

Además añade que el año que le mandaron estar en la Corte del Príncipe Felipe se va acabando; espera, por tanto, que le haga saber su voluntad sobre su futuro; aunque parece que echa de menos un sitio dónde estar un poco más tranquilo y con más sosiego, se mantiene muy disponible para la misión que le quieran encomendar:

«El año que nos escribió V.R. era bien nos detuuiésemos en esta corte, poco á poco se va acabando. V.R. vea si algo manda, para ordenar de otra manera nuestra vida, ó para buscar algún asiento en alguna parte. No digo esto por huyr del desasosiego de la corte que tenemos, principalmente en aposentos que se nos dan por mandado del príncipe; antes holgaría de mi parte nunca parar en lugar, sino seer peregrino toda mi vida por vnas partes y otras del mundo. Assí plugiese á nuestro Señor que la Compañía ya fuesse sembrada por todas las principales y menos principales partes del mundo, é yo huuiesse de seer visitador general, ó sin esto, que nuestro Señor y V.R. me ordenasse en que huuiesse de yr in omnem civitatem et locum, quo Societas ó parte della aliquando est peruentura, como quien va aparejar assientos ó dessearlos por vía de estar en cada parte sin asiento y sin reposo» (MF. 397-398).

Fabro lleva muchos años de un lado para otro, sin tener un sitio más estable dónde trabajar; además es claro que sigue añorando sus labores en Alemania, donde espera que la Compañía siga produciendo mucho fruto.

particularmente tomeys este negocio á pechos para sollicitallo con toda diligencia y cuydado, informando al Embaxador de lo que en ello os pareciere, y hablando á las personas que él os dixere, haziendo lo que soleis en las cosas de tanto seruiçio de nuestro Señor como ésta, y lo que de uuestro buen zelo y religión se deue sperar; que en ello me hareis mucho plazer. De Madrid, á XXII de Hebrero de M.D.XLVI.

Yo El príncipe.

Por mandato de Su Alteza, Gonçalo Perez

¹⁹ Epistolae Mixtae (MHSI), t. I (1537-1548), Matriti, 1898, 260-261 (Nota 1).

El 7 de abril escribe una carta a Simón Rodrigues, en la que le cuenta su último destino; el Papa, ha pedido que vaya al Concilio de Trento; allí expresa cómo sus muchas peregrinaciones se deben a su deseo de vivir enteramente en obediencia:

«Ya sabré[i]s esta otra mi uocación y reuocación d[e] España, que es pera el concilio. Nuestro Señor se sirua y se contente de todo y sea alabado por la misericordia que su diuina magestad nos ha echo, poniéndonos en obediencia, aprouada por la santa sede, de sus tenentes. De otra manera yo no podría ni ser ni parecer constante en mis cosas, uiéndose tantas peregrinaciones y tantos destierros míos. Tanpoco me podría yo consolar de my parte donde no uuisse la tal obediencia, máxime considerando lo que me acaesse en todas las partes de mis breues asientos, que es auerme siempre de partir en el tiempo que más rezón tiengo de querer hazer assiento» (MF 419-420).

La obediencia lo ha ido llevando de un lado para otro sin poder ser constante en una labor comenzada; cada vez que ha recibido la orden de cambiar de sitio, ha sido precisamente en el momento en el que sentía con más fuerza el deseo de permanecer en un determinado lugar.

Sabemos que tres meses más tarde, después de haber tenido que permanecer varios días enfermo de ‘tercianas’ en Barcelona (Cfr. MF. 432-433), llega a Roma, para morir el 1 de agosto de 1546. Terminamos así este recorrido por algunos momentos más destacados de la vivencia conflictiva que tuvo Fabro de la obediencia. Vamos a terminar, recogiendo nuestra reflexión y tratando de establecer una relación entre su experiencia de obediencia y el discernimiento que constantemente iba guiando su acción.

3. Conclusión

Después de haber hecho este recorrido de la mano de Pedro Fabro, nos interesa presentar, a modo de conclusión, algunas reflexiones sobre la relación que podemos establecer entre discernimiento y obediencia en la vida de este hombre.

Una primera conclusión que salta a la vista al estudiar esta variedad de textos, es que esta relación entre el discernimiento y la obediencia fue vivida de una manera conflictiva; ciertamente parece que Fabro tiene muy claros los ‘conceptos’ de uno y otro ejercicio de su vida espiritual; pero esto no significa que al vivir concretamente esta relación, no haya tenido que sufrir grandes angustias y molestias.

Por la personalidad de Fabro, muy escrupulosa, insegura y delicada, podríamos pensar que se trataba de un hombre que hubiera preferido una relación más estrecha con sus superiores. Tener las órdenes muy claras y concretas, hubiera sido para él mucho más llevadero. Sin embargo, la misión que recibió lo lanzó a un mundo en el que él mismo tenía que estar permanentemente inventando su trabajo diario; debía conformarse con recibir una orientación bastante general y los destinos más específicos en los que se le traslada de un país a otro.

Cuando tiene que afrontar sólo sus trabajos, es fácil que llegue a situaciones desesperadas por querer hacer más de lo que puede; así lo anota desde Ratisbona, el 20 de abril de 1542:

«Acerca de mí y de lo spiritual de acá, no puedo dezir otro, sino que por mí queda que no se haga más de lo que se vee; y tamen con esto está que yo algunas vezes excedo mi debido poder, peccando sienpre en este mi viejo defecto, que es abraçar demasiado, no sabiendo apretar ninguna cosa conforme á lo que sería razón y debido» (MF 88-89).

Esta dificultad que él mismo reconoce, tiene a la base una constante actitud de discernimiento que no siempre llegaba a una resolución tranquila; las llamadas que permanentemente recibía de Dios a través de tantas 'mediaciones' (personas, lugares, circunstancias, etc.), le iban llevando de un lado para otro.

Por otra parte, la obediencia también contribuyó a reforzar este sentimiento de poca constancia en sus trabajos; cada vez que se iba sintiendo un poco más ubicado en un sitio, recibía una orden que lo mandaba a cambiar y a comenzar una obra nueva.

Discernimiento y obediencia, pues, aparecen en la vida de Fabro, como refuerzos de una personalidad ya de por sí inestable. Sin embargo, Fabro nos revela en sus escritos y con su vida, una coherencia muy grande. Cree en la obediencia, no como un elemento externo a su discernimiento, sino como un instrumento más eficaz para acertar en esa constante búsqueda de la voluntad de Dios, que tanto lo apasionaba; la llama «entera discreción» (MF. 162-163).

Fabro no vive la obediencia como un escape y una seguridad frente a la dura tarea de discernir los espíritus; hace del discernimiento una práctica habitual y cotidiana; pero tampoco deja que este discernimiento, a través del cual iba escudriñando la voluntad de Dios, opaque el sentido de su obediencia. Discernimiento y obediencia se conjugan en una dinámica permanente, sin que ninguna de las dos se imponga sobre la otra; para él, vivir coherentemente estas dos dinámicas, significa asumir el riesgo de terminar partido por medio, como de hecho creemos que sucedió.

No se esconde del discernimiento en la obediencia, ni se esconde de la obediencia en el discernimiento; no deja nunca de escuchar la voz de Dios que le habla en sus mociones interiores y en toda la realidad, ni deja de escuchar y obedecer a la voluntad de Dios que se le revela en la voz de sus superiores.

Nos parece que esta capacidad de vivir las dos dinámicas coherentemente, aceptando incluso que las dos, en determinados momentos aparezcan como realidades contradictorias, encuentra su raíz y su fuente en una experiencia espiritual muy honda: la vida de Jesús y la manera como él mismo vivió esta íntima contradicción en su interior. El Jesús que, por obediencia, va a la cruz, e invita a todos los hombres a caminar en su seguimiento, asumiendo su destino, para la salvación del mundo, es el que da sentido a la obediencia y al discernimiento en el Beato Pedro Fabro.

Los años finales de la vida de Fabro, estuvieron, pues, marcados por esta permanente lucha (agonía), entre su discernimiento y la obediencia. No fue una lucha estéril; fue una 'agonía' capaz de movilizar su existencia en la dinámica de Dios. Una agonía redentora para él mismo y para el mundo que acogió su entrega. Una agonía que estuvo dispuesta a unirse definitivamente a la 'pasión' de Dios en Jesús, hasta hacerse una sola en su muerte y en su resurrección.